

ideas, como si fueran peones, para hacerlas dar vueltas y ponerlas en condiciones de que caigan y dejen de rodar. Este oficio obligaría a quejarse a las amas de casa, y produce consideración hacia las que pasan así todos los días de su vida.

El elixir.

Es un elixir que se llama *poesía*. Aquellos que guarden en su vida privada una sola gota de este licor divino, sienten más devoción por su país, más amor hacia su compañera y más grandeza en su vida. Los que llevan dos gotas en sus venas son los dueños del mundo político o sobresalen en la elocuencia y en los escritos de la gran prosa; pero los que han mezclado el frasco entero con el licor de la vida, esos son los reyes del pensamiento en el reinado de la palabra.

De la fe.

Se habla de la fe. ¿Qué es, después de todo, esta cosa tan rara...? Una esperanza ferviente... La he sondeado en todos los sacerdotes que decían poseerla, y no he encontrado mas que eso... Nunca la certidumbre.

Veinte veces durante cada hora, me pregunto:

—¿Están contentos los seres a quienes amo...?

Pienso en esto, en lo que me agrada, en una persona que llora...

Veinte veces durante cada hora *doy la vuelta a mi corazón.*

1844

De las Asambleas.

Las Asambleas sienten las pasiones de la galería del teatro. Son mojigatas en ciertos casos, y se consideran insultadas a cada momento. Es preciso adoptar precauciones oratorias al dirigirse a ellas, y prepararlas para las verdades que podrían decirse de pronto a cada uno de sus miembros.

Poema.

Los animales cobardes van formando rebaños.

El león camina solo por el desierto.

Así camina siempre el poeta.

De los ingleses.

Los esfuerzos sobrenaturales que harían los franceses para dar algún calor, algún movimiento a las conversaciones entre ellos, franceses, y los ingleses e inglesas se perderían siempre. Lo que le falta por completo a la raza inglesa es precisamente lo que constituye el fondo de nuestro carácter: la alegría en la imaginación, y el movimiento en el sentimiento. Esto se encuentra por todas partes en Francia: entre el pueblo y en la alta sociedad; con talento y cultura o con necedad e ignorancia, la llama se encuentra

siempre y anima a los furrieles del cuerpo de guardia igual que a los autores en el *foyer* de un teatro o en el Instituto, y a los diputados en la Cámara.

Baile del príncipe de Ligne.

En un gabinete apartado se aglomeraba la gente para ver la cabeza de Robespierre, dibujada al pastel por David.

La expresión angélica de los ojos negros en forma de almendra, la melancólica sonrisa de una boca en la que se descubren bellos dientes regulares, el aspecto místico y piadoso de aquella cabeza de mártir asombraba a todo el mundo.

David lo veía como a un mártir de la libertad, de la fraternidad y de la unidad de Francia.

«La Hiena», poema filosófico.

Las fieras persiguen al viajero en el desierto. Mientras el viajero anda y se tiene en pie, las fieras se mantienen a distancia y lamen sus huellas como los perros fieles; pero si tropieza, si cae, se precipitan sobre él y lo despedazan. Cuando está muerto y destrozado, lamen su sangre en las arenas y sus huesos hasta que no queda mas que su esqueleto, y cuando ya no queda mas que sus costados vacíos y redondos como el casco de una embarcación naufragada, la hiena y el tigre devoran su sombra. Así hace la multitud con el hombre célebre, y más aún con todo hombre eminente.

El cañón.

El cañón cuenta su historia y refiere cómo fué fundido por los caballeros de Malta.

Sólo sirve para las fiestas; pero hay que tener cuidado con sus balas. Su pólvora resuena en el eco, mas cargándole bien derriba las murallas.

¡Oh, poeta! Tú eres semejante al cañón. Lanzas tu pólvora para los pájaros del aire; pero si es preciso, añadirás a tus cantos una idea política y derrumbarás las murallas de Jericó.

De los oradores.

Quisiera que un diputado orador o un par de Francia, antes de subir a la tribuna, hiciese *examen de conciencia* y se preguntase por un instante:

—¿Mi intención es pura, exenta del egoísmo, desinteresada, beneficiosa para la Humanidad y para el país...? ¿Estoy en *estado de gracia* ante mi nación...? ¿Sí...? Entonces puedo subir y hablar...

La hipocresía.

No vi nunca una careta encubriendo un rostro sin que sintiera deseo de arrancarla. En cuanto me entero de que un hombre se ha vuelto hipócrita, ya no puedo verlo por temor de considerarme obligado a desmentirle.

De las Asambleas.

Los ingleses tienen un proverbio que dice que *las Corporaciones no tienen honor*.

En efecto; *el que insulta a todo el mundo no insulta a nadie*.

Este es el consuelo que le queda a una Asamblea cuando obra mal y contra la moral pública, y, a veces, contra la ley natural.

Un déspota es responsable ante su cabeza y su corazón.

Es curioso ver la seriedad de los diputados. En general son notarios y procuradores, y se engrían como si fueran seres privilegiados que tuvieran derecho a despreciar a los poetas y a los filósofos.

Para la segunda consulta del Doctor Negro.

El doctor dijo:

—¡Ah! Lo confieso: nadie tiene un espíritu más sibarita que el mío. Soportaré con paciencia la conversación de un palurdo idiota, de un ganapán borracho, de un marinero en el hospital, de una vieja enferma y, en una palabra, de una bestia cualquiera; pero de un necio, ¡jamás!

Conozco al necio desde una legua. Habla con pretensión, se yergue, pronuncia *in* en lugar de *en*, y

dice: «He visto un *infant*», en lugar de un *enfant* (1). Relata atropelladamente una historia insignificante, cuyo desenlace no tiene sentido. Cree que se le escucha, y no se da cuenta de que molesta a todos.

Juana de Arco.

Es siempre virgen, y los poetas la han respetado siempre. Fué su Destino siempre el de ser *inmaculada*, aun en la poesía, y no encontrar ningún vencedor. Después de Chapelain, que fué el primero que fracasó a los pies de su virginidad, nadie ha triunfado de ella.

De mí mismo.

Lo que se hace y se dice por mí o por los demás me ha importado siempre muy poco. En el momento mismo de la acción y de la palabra estoy en otra parte y pienso en otra cosa. *Lo que se sueña* lo es todo para mí.

Allí está el mundo mejor que espero, que imploro de momento en momento.

Tarda uno mucho tiempo en darse cuenta de su carácter y en explicarse el *por qué de sí mismo*.

He sufrido durante mucho tiempo esta tiránica distracción. *La imaginación me transporta hacia suposiciones deliciosas e imposibles*, y hace que exponga más fríamente mis opiniones, porque pienso en lo

(1) Niño.—Nota del t.

que quisiera decir o en lo que quisiera oír decir para ser más dichoso.

Hay viejos que fingen no oír la voz de toda una generación. Cuando una persona es *sorda*, debería ser *sorda y muda*, pues no hay derecho a juzgar lo que no se ha oído.

Poemas filosóficos.

Amo la majestad del sufrimiento humano (1).

Este verso tiene el sentido de todos mis poemas filosóficos.

El espíritu de la Humanidad; el amor de la Humanidad y el perfeccionamiento de su Destino.

Carta de lord Byron.

Lord Byron recibió, al día siguiente de su casamiento, una carta del señor Davis, quien le preguntaba cómo había pasado la noche.

Lord Byron contestó:

«A eso de las cuatro de la mañana me desperté. El fuego iluminaba las cortinas carmesíes de mi lecho, y creí hallarme en el infierno. Palpé lo que tenía a mi lado y vi que estaba todavía peor, al recordar que estaba casado.»

(1) Este verso pertenece a *La Casa del Pastor*.

Hoy me ha referido esta anécdota el señor Haggard, que conserva esta carta en la memoria, palabra por palabra.

Le fué comunicada por el señor Davis.

Consulta del Doctor Negro.

El Doctor Negro representa la parte humana y real de todo. Stello ha querido ver lo que debería ser, lo que es hermoso esperar y creer, desear para el porvenir: representa lo divino. Así, pues, en una nueva consulta, un nuevo personaje verá el aspecto divino de otra cuestión.

Después de haber reflexionado mucho acerca del Destino de las mujeres en todas las épocas y en todas las naciones, he terminado por pensar que todo hombre debería decir a toda mujer, en vez de *¡Buenos días!*, *¡Perdón!*, toda vez que los más fuertes han hecho la ley.

De los reyes.

Hay dos cosas que se comprueban muy a menudo en los reyes: su nacimiento y su muerte. No se quiere que el uno sea legítimo ni que la otra sea natural.

Racine.

La cosa por la cual le estoy más agradecido no es por haber escrito las obras maestras de *Athalie*, *Britannicus*, *Esther*, etc., etc., sino por no haber dejado

mas que esas bellas tragedias, y no una vulgaridad de circunstancia, como hicieron Corneille, y aun el mismo Moliere. Ni un madrigal vergonzoso, ni una vaciedad, sino, por el contrario, graves frases como ésta:

... Reyes, temed la calumnia, etc., etc.

De la poesía en Francia.

La poesía no posee en Francia mas que un lenguaje imperfecto, circunscrito y mojigato. La lira francesa no tiene mas que la cuerda de la elegía. Todas las demás faltan o son falsas. Puede creérsele si digo que las he pulsado todas.

Un hecho no es un mal ni un bien, sino solamente un hecho. Esto no quiere decir que los franceses no sean poetas, puesto que sienten a Milton, a Byron y Shakespeare, sino que en el lenguaje de los bufones, en el bello siglo de Luis XIV, estropeó la poesía al querer crearla.

Francia no es poética ni musical. El poeta y el músico se dirigen aquí a personas excepcionales; el prosista se dirige a todo el mundo. Hay, por otra parte, gentes muy estimables que no distinguen el canto de *Malbrough* del *Otelo* de Rossini, ni una nota falsa de una justa, y cuando el pueblo de París canta al unísono sus groseras canciones en las calles, puede creerse en los hurones más bien que en Francia. Todavía están peor en Inglaterra, lo cual podría servir-

nos de consuelo, en cuanto a la música solamente, pues la poesía se siente allí mucho más universalmente que en Francia, donde se lee con repugnancia, porque el espíritu crítico ha ahogado el entusiasmo; y que no se me arguya con el ejemplo de Racine: es el drama lo que se aprecia en él, y no la poesía, que dejó algunas veces en sus obras, a pesar suyo.

Los versos son hijos de la lira.

Hay que cantarlos, y no leerlos,

ha dicho El Moreno Pindárico. Todo está comprendido en esta frase. Sí; es preciso cantar. Homero tenía sus rapsodas. A continuación de un festín, se cantaban las despedidas de Andrómaca y de Héctor; sobre todo una composición breve, pues la poesía, como la música, fatiga cuando dura demasiado, del mismo modo que la emoción se atrofia cuando se prolonga por mucho tiempo. La música y la poesía son dos emociones semejantes que nos embargan el corazón por medio del oído. La pintura, emoción que procede de los ojos, es más tranquila y más duradera, y, por consiguiente, la otra es más viva y más corta. El error de la imprenta, con respecto a la poesía, ha consistido en transportar la emoción del oído a los ojos, con lo cual ha perdido. No existe nadie—ni siquiera un poeta—que no quede perplejo ante cuarenta mil versos alineados, dos a dos, sin interrupción. La insulsez de los poemas largos proviene

de la transición de un cuadro a otro. Los grandes poetas han evitado siempre esto, comprendiendo que el encanto está en el movimiento, y el cuadro, la descripción fría y detallada, sólo corresponde a la prosa: la poesía únicamente debe vivir de las elipsis.

— Mi opinión es la de que toda composición verdaderamente y puramente poética, como los *Preludios* de Lamartine, o *La joven cautiva* de Andrés Chénier, debería ser copiada en manuscrito por unos poetas, a los cuales les fuera permitido sólo leer en alta voz. Sólo entonces se escucharía la poesía con la armonía que le es inherente.

1842-1845

MIS VISITAS A LA ACADEMIA ⁽¹⁾

Royer-Collard.

Domingo, 30 de Enero de 1842.—Al descender del coche, hice que entregara mi tarjeta de visita al señor Royer-Collard una mujer que estaba sola en

(1) Alfredo de Vigny se presentó varias veces a la Academia francesa, donde no fué admitido hasta 1845. Con el título *Mis visitas a la Academia*, dejó relatadas las escenas diversas y sugestivas de aquella odisea tan penosa, a la cual es condenado todo candidato a un sillón en el salón académico. Estas escenas, en las que toman parte diferentes personajes célebres, constituyendo una conversación casi siempre embarazosa para

la antesala. Casi al instante, llegó hasta mí un pobre viejo, con la nariz y el mentón rojos, cubierta la cabeza con una peluca negra muy usada, envuelto en la bata de casa de Geronte y con la servilleta del Legatario universal al cuello.

He aquí, frase por frase, nuestra conversación:

(Estaba en pie y apoyado a medias contra la pared.)

R.-C.—Caballero, pido a usted mil perdones, pero un asunto me impide tener el honor de recibirle; ahí dentro me espera el médico.

A. de V.—Indíqueme un día en que pueda encontrarle solo, y volveré.

R.-C.—Si se trata solamente de la visita obligada, la doy por cumplida.

A. de V.—Y yo, señor, como recibida, si usted

los interlocutores, podrían proporcionarle indudablemente al público una buena comedia, si el público pudiera escucharlas. De todas aquellas en las que fué actor Alfredo de Vigny y cuyo recuerdo conservo escojo algunas solamente, aquellas que pueden publicarse con menos indiscreción y no perjudicarán a nadie, ofreciendo, en cambio, un vivo interés. Sólo en la de Royer-Collard, de ilustre memoria, no se aprecian frases halagadoras; pero la leyenda de esta visita de Alfredo de Vigny al altivo filósofo es muy conocida y casi célebre; esta extraña acogida le valió la satisfacción de conocer algo del discurso de instalación que le reservaba el señor Molé. Esta visita, pues, tiene un interés histórico, y esto es lo que me ha decidido a publicar los curiosos e interesantes detalles, tal y como los escribió Alfredo de Vigny en sus Recuerdos.—*Nota de Luis de Ratisbonne.*